

Jaume Melendres

Alberti: manual apasionado

Título: «Aire y canto de la poesía, a dos voces»

Estreno en Barcelona: Teatro Grec, 9-VIII-79

Autor: Selección de poemas a cargo de Rafael Alberti

Rafael Alberti no fue miembro del teatro itinerante «La Barraca» que animó, allá en los años treinta, su compañero de generación y de tertulia García Lorca. Pero ahora, ha sabido resucitar aquel espíritu nómada, misionero y deportivo para llevar mundo arriba y mundo abajo los mejores ecos de la poesía hispánica, uniendo su voz a la de Espert.

La idea es magnífica (y por eso no se le ocurrió a RTVE) porque, entre otras cosas, el tándem Alberti-Espert viaja en olor de multitud. Ambos tienen carisma, y sus carismas, como diría Machado, son complementarios. Ellos y sus famas respectivas son el cebo con que se atrae y pesca al ciudadano. Pero no para herir su paladar, sino para colmar sus oídos con el público secreto de una síntesis elemental del tesoro poético de las nacionalidades españolas. Por así decir, Espert y Alberti traspasan su fama coyuntural (en el sentido de peyorativa) a otros que la merecen tanto o más e, injustamente, tienen menos. Redistribuyen renta artística.

Sus nombres legitiman el apellido de la poesía a través de una sabia, inteligente selección de poemas, realizada por Alberti. Aunque no de los mejores, Alberti es también un hombre de teatro, y eso se nota: jamás olvida los condicionamientos de un espectáculo con vocación mayoritaria. Hay toda la astucia de un *chansonier* en esta dosificación de los materiales que busca, a la vez, contrastes y similitudes, que combina lo meridiano con lo paralelo, que afina la nostalgia con la risa. Más aún. Contra todo pronóstico —dadas las edades del poeta—, Alberti no se conforma con intervenir en el espectáculo apoyando con su nombre y su silueta (de Vittorio de Sica entrado en grasas) el trabajo de la



Núria Espert y Rafael Alberti

actriz profesional. De los dos intérpretes, Alberti es el más pródigo. Recita, improvisa frente al espontáneo pedante de turno y —sobre todo— pone la argamasa a este mosaico de poemas. Demuestra que el suyo es un manual dictado por la pasión y aporta a él sus comentarios, sus impresiones transferibles, sus anécdotas intransferibles. Y aunque en ocasiones se le vaya un poco la mano egocéntrica, esta función de Alberti es lo mejor del recital: la espectacular, con focos y micros, de una cátedra —la escena— sin togas o birretes.

Poco —o casi nada— importa que, después, Alberti recite la mayor parte de los poemas engoladamente, con esa altisonancia que años atrás fue la regla de oro falso de los rapsodas que pretendían conmovir al mundo. Alberti, al fin y al cabo, hace lo que se espera de los poetas, y sabido es que éstos —con muy raras excepciones— son pésimos decisores de poesía: o envarados, como Espriu; o trascendentes, como Saint John Perse; o efectistas —como Alberti.

Importa más, dada su especialización profesional, que Núria Espert caiga a menudo en los mismos tics. Importa y sorprende. Sorprende que siga sumisa a la miusquilla métrica, que siga doblegando el ritmo de su aliento al de la tipografía y que confunda la tensión dramática de un monólogo ilustre con la simple crispación del músculo abdominal. O que logre trivializar «Assaig de càntic en el temple» en un intento —frustrado— de decir el poema de otra manera.

Felizmente, Espert no se comporta siempre así. En algunos poemas (y no debiera importarle que la aplaudan menos), encuentra la sobriedad expresiva adecuada, domadora de puntos y de comas. Y en otros, nos vuelve a sorprender —ahora de forma positiva— con una alta sensibilidad para el canto, para el solfeado llanto, que pone más de relieve todavía la singularidad de la voz de Espert (demasiado forzada en los registros bajos) en el ronco panorama de la escena contemporánea.

«Insecta spectacula»

Título: «Insecta spectacula»

Estreno: Teatre Grec, 2-VIII-79

Compañía: Tribu Abrakadabra de Inglaterra

Autor: Creación colectiva.

Los dos niños —de tierna edad— que forman parte de la tribu Abrakadabra se cuentan entre los más privilegiados del universo: para que pasen un rato entretenido, sus padres y los compañeros de sus padres convocan al público en general, y a las monerías domésticas que suelen hacerse en tales casos les llaman teatro. Cobran por hacer aquello que el común de los mortales reserva para la más estricta intimidad. Como ellos no consiguen atraer la atención del público, deciden explotar un poco a sus niños —al modo de las factorías de la Revolución Industrial inglesa—, obligándoles incluso a realizar ejercicios que comportan riesgo físico a fin de que al espectador después de habérselo helado la mirada, se le hiele más el corazón.

Este espectáculo se resume en tres palabras: puro fraude artístico. Conviene saberlo para que, si ellos persisten en el empeño, nadie más caiga en el error de contratarles creyendo que se trata del grupo que, bajo el mismo nombre, trabaja honestamente hace unos años.



«Abrakadabra»